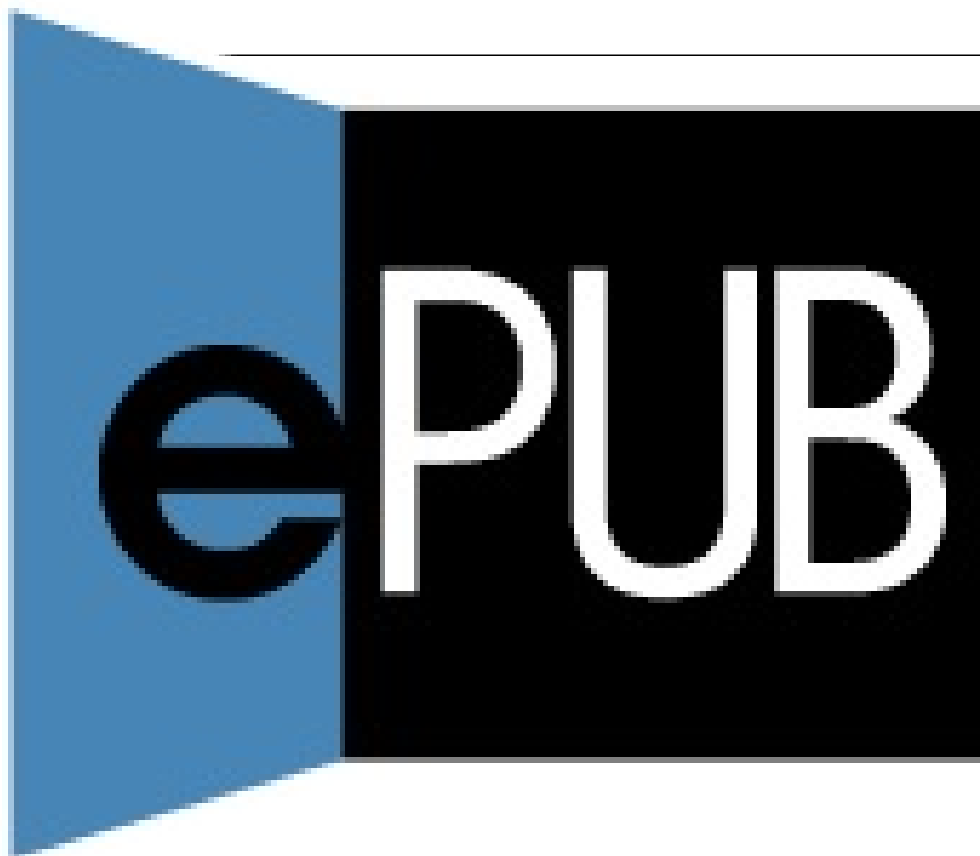




Dormir al sol
Adolfo Bioy Casares

Dormir al sol, es una visión de un universo alucinante en que las apariencias de realidad, espacio y tiempo adoptan las formas más inusitadas bajo el influjo de una inagotable capacidad de fabulación.

Lucho Bordenave lleva la existencia gris del empleado cesante, dedicado al oficio de relojero hasta que, de modo un tanto misterioso, internan a su mujer en un «Instituto Frenopático». A partir de ese momento nos adentramos en una región sin perfiles en que lo real se confunde con lo imaginado, el sueño con la vigilia y la locura con la lucidez. Las peripecias más inusitadas suceden bajo la apariencia de normalidad hasta llegar a las últimas páginas dominadas por un mundo de pesadilla y culminadas por un desconcertante final.



eBooks con estilo

Adolfo Bioy Casares

Dormir al sol

ePUB v1.0

hermes 10 29.09.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Dormir al sol*
Adolfo Bioy Casares, 1973.

Editor original: hermes 10 (v1.0)
ePub base v2.0

PRIMERA PARTE

por
LUCIO BORDENAVE

1

Con ésta van tres veces que le escribo. Por si no me dejan concluir, puse la primera esquelita en un sitio que yo sé. El día de mañana, si quiero, puedo recogerla. Es tan corta y la escribí con tanto apuro que ni yo mismo la entiendo. La segunda, que no es mucho mejor, se la mandé con una mensajera, cuyo nombre Paula. Como usted no dio señales de vida, no voy a insistir con más cartas inútiles, que a lo mejor lo ponen en contra. Voy a contarle mi historia desde el principio y trataré de ser claro, porque necesito que usted me entienda y me crea. La falta de tranquilidad es la causa de las tachaduras. Cada rato me levanto y arrimo la oreja a la puerta.

A lo mejor usted se pregunta: «¿Por qué Bordenave no manda su cartapacio a un abogado?». A doctor Rivaroli yo lo traté una sola vez, pero al gordo Picardo (¡a quién se lo digo!) lo conozco siempre. No me parece de fiar un abogado que para levantar quinielas y redoblonas tiene de persona al Gordo. O a lo mejor usted se pregunta: "¿Por qué me manda a mí el cartapacio?" Si alega que nosotros somos amigos le doy la razón, pero también le ruego que se ponga en mi lugar, por favor, y que me diga a quién podría mandarlo. Después de repasar mentalmente a los amigos, descartado Aldir porque el reumatismo lo entumece elegí al que nunca lo fue. La vieja Ceferina pontifica: «Los que vivimos en un pasaje tenemos la casa en una casa más grande». Con eso quiero decir que todos nos conocemos.

A lo mejor ni se acuerda de cómo empezó el altercado.

El pavimento, que llegó en el 51 o en el 52, haga de cuenta que volteó un cerco y que abrió nuestro pasaje a la gente de afuera. Es notable cómo tardamos en convencernos del cambio. Usted mismo, un domingo a la oración, con la mayor tranquilidad festejaba las monerías que hacía en bicicleta, como si estuviera en el patio de su casa, la hija del almacenero, y se enojó conmigo porque le grité a una criatura. No lo culpo si fue más rápido en enojarse y en insultar que en ver el automóvil que por poco la atropella. Yo me quedé mirándolo como un sonso, a la espera de una explicación. Quizás a usted le faltó ánimo para atajarme y explicar o quizá pensó que lo más razonable para nosotros fue

resignarnos a una desavenencia tantas veces renovada que ya se confundía con el destino. Porque en realidad la cuestión por la hija del almacenero no fue la primera. Llovió sobre mojado.

Desde chico, usted y toda la barra, cuando se acordaban, me perseguían. El Gordo Picardo, mayor del grupo (si no lo incluimos al rengo Aldini, que oficiaba de bastonero y más de un domingo nos llevó a la tribuna de Atlanta) una tarde, cuando yo volvía del casamiento de mi tío Miguel, me vio de corbata y para arreglarme el moño casi me asfixia. Otra vez usted me llamó engréido. Lo perdono porque atiné a pensar que me ofendía tan sólo para conformar a los otros y a sabiendas de que estaba calumniando. Años después, un doctor que atendía a mi señora, me explicó que usted y la barra no me perdonaban el chalet con jardín de granza colorada ni la vieja Ceferina, que me cuidaba como una niñera y me defendía de Picardo. Explicaciones tan complicadas no convencen.

Quizá la más rara consecuencia del altercado por la hija del almacenero fue la idea que me hizo por entonces y de la que muy pronto me convencí, de que usted y yo habíamos alcanzado un acuerdo para mantener lo que llamé el distanciamiento entre nosotros.

Estoy llegando ahora al día de mi casamiento con Diana. Me pregunto qué pensó usted al recibir la invitación. Tal vez creyó ver una maniobra para romper ese acuerdo de caballeros. Mi intención era por el contrario, la de manifestar el mayor respeto y consideración por nuestro mal entendido.

Hace tiempo, una tarde, en la puerta de casa, yo conversaba con Ceferina que baldeaba la vereda. Recuerdo perfectamente que usted pasó por el centro del pasaje y ni siquiera nos miró.

—¿Van a seguir con la pelea hasta el día del juicio? —preguntó Ceferina, con esa voz que retumba en el paladar.

—Es el destino.

—Es el pasaje —contestó y sus palabras no se han borrado de mi mente—. Un pasaje es un barrío dentro del barrio. En nuestra soledad el barrio nos acompaña, pero da ocasión a encontronazos que provocan, o reviven, odios.

Me atreví a corregirle la plana.

—No tanto como odios —le dije—. Desavenencias.

Doña Ceferina es una parienta, por el lado de los Orellana, que bajó de las provincias en tiempos de mis padres; cuando mi madre faltó, ya no se apartó de nosotros, fue ama, niñera, el verdadero pilar de nuestra casa. En el barrio la apodan el Cacique. Lo que no saben es que esta señora, para no ser menos que muchos que la desprecian, leyó todos los libros del quiosco del Parque Saavedra y casi todos los de la escuelita Basilio del Parque Chas, que le queda más cerca.

Sé que algunos dijeron que no tuve suerte en el matrimonio. Más vale que la gente de afuera no opine sobre asuntos reservados, porque en general se equivoca. Pero explíqueles al barrio y a la familia que son de afuera.

El carácter de mi señora es más bien difícil. Diana no perdona ningún olvido, ni siquiera si ella no entiende, y si caigo a casa con un regalo extraordinario me pregunta: «¿Para hacerte perdonar qué?». Es enteramente cavilosa y desconfiada. Cualquiera buena noticia la entristece, porque da en suponer que para compensarla vendrá una mala. Tampoco le voy a negar que en más de una oportunidad nos disgustamos con mi señora y que una noche —me temo que todo el pasaje haya oído el alboroto— con intención de irme en serio me largué hasta los Incas, a esperar el colectivo, que por fortuna tardó y me dio tiempo de recapacitar. Probablemente muchos matrimonios conocen parejas afliciones. Es la vida moderna, la velocidad. Sé decirle que a nosotros las amarguras y las diferencias no lograron separarnos.

Me admira cómo la gente aborrece la compasión. Por la manera de hablar usted descuenta que soy de hierro. Si la veo apenada por las cosas que hace cuando no es ella, siento verdadera compasión por mi señora y, a la vez, mi señora me tiene lástima cuando me amargo por su culpa. Créame, la gente se cree de hierro pero cuando le duele, afloja. En este punto Ceferina se parece a los demás. Para ella, como para todos, la compasión, hay únicamente blandura y desprecio.

Ceferina, que me quiere como a un hijo, nunca aceptó enteramente a mi señora. En un esfuerzo para comprender ese encono, llegué a sospechar que Ceferina mostraría igual disposición con toda mujer que se me arrimara. Cuando le hice la reflexión, Diana contestó:

—Yo pago con la misma moneda.

A nadie quiere tanto la gente como a sus odios. Le confieso que en más de una oportunidad, entre esas dos mujeres de buen fondo, me sentí abandonado y solitario. Menos mal que a mí me quedaba siempre el refugio del taller de relojería.

Le voy a dar una prueba de que la malquerencia de Ceferina por Diana era, dentro del cuadro familiar, un hecho público y notorio. Una mañana Ceferina apareció con el diario y nos indicó un sueltito que decía más o menos: Trágico baile de disfraz en Paso del Molino. No desconfió del dominicano que tenía a su lado porque pensaba que era su esposa. Era la asesina. Estábamos tan quisquillosos que bastó esa lectura para que armáramos una pelea. Diana, usted no lo creerá, se dio por aludida, yo hice causa común con ella, y la vieja, es cosa de locos, asumió el aire de quien dice tomá, como si hubiese leído algo comprometedor para mi señora o por lo menos para el gremio de las esposas. Tardé más de catorce horas en comprender que al hombre del baile no lo había matado su cónyuge. No quise aclarar nada, por miedo de reanimar la discusión.

Una cosa aprendí: es falso que uno se entienda hablando. Le doy como ejemplo una situación que se ha repetido la mar de veces. La veo a mi señora deprimida o alunada y, naturalmente, me entristezco. Al rato pregunta:

—¿Por qué estás triste?

—Porque me pareció que no estabas contenta.

—Ya se me pasó.

Ganas no me faltan de contestarle que a mí no, que no soy tan ágil, que yo no me mudo tan rápidamente de la tristeza a la alegría. A lo mejor, creyendo ser cariñoso, agregó:

—Si no querés entristecerme, no estés nunca triste. Viera como se enoja.

—Entonces no vengás con el cuento de que es por mí que te preocupás —me grita como si yo fuera sordo—. Lo que yo siento, a vos te tiene sin cuidado. El señor quiere que su mujer esté bien para que lo deje tranquilo. Está muy interesado en lo suyo y no quiere que lo molesten. Es, además, vanidoso.

—No te enojés que después te sale un herpes de labio —le digo, porque siempre fue propensa a estas llaguitas que la molestan y la irritan. Me contesta:

—¿Tenés miedo que te contagie?

No le refiero la escena para hablar mal de mi señora. Tal vez la cuento contra mí. Mientras la oigo a Diana, le doy la razón, aunque por momentos dude. Si por casualidad toma, entonces, la característica de sus posturas —acurrucada en un sillón, abrazada a una pierna, con la cara apoyada en la rodilla, con la mirada perdida en el vacío —ya no dudo, me embeleso y pido perdón. Yo me muero por su forma y su tamaño, por su piel rosada, por su pelo rubio, por sus manos finas, por su olor, sobre todo, por sus ojos incomparables. A lo mejor usted me llama esclavo; cada cual es como es.

En el barrio no se muestran lerdos para alegar que una señora es holgazana, o de mal genio, paseandera, pero no se paran a averiguar qué le sucede. Diana, está probado, sufre por no tener hijos. Me lo explicó un doctor y me lo confirmó una doctora de lo más vivaracha. Cuando Martincito, el hijo de mi cuñada, un chiquilín insoportable, viene a pasar unos días con nosotros, mi señora se desvive, usted no la reconoce, es una señora feliz.

Como a tanta mujer sin hijos, los animales la atraen de manera notable. La ocasión de confirmar lo que digo se presentó hace un tiempo.

3

Desde que perdí el empleo en el banco me defiendo con el taller de relojería. Por simple gusto aprendí el oficio, como algunos aprenden radio, fotografía u otro deporte. No puedo quejarme de falta de trabajo. Como dice don Martín, con tal de no viajar al centro, la gente se arriesga con el relojero del barrio.

Le cuento las cosas como fueron. Durante la huelga de los empleados del banco, Diana se de

dominar por los nervios y por su tendencia al descontento general. En los primeros días, delante de familia y, también, de vecinos y extraños, me reprochaba una supuesta falta de coraje y de solidaridad pero cuando me encerraron, un día y una noche que me parecieron un año, en la comisaría 1.ª y sobre todo cuando me echaron del banco, se puso a decir que para sacar las castañas del fuego los cabecillos contaron siempre con los bobos. Pasó la pobre por un mal momento; no creo que hubiera entonces manera de calmarla. Cuando le anuncié que me defendería con los relojes, quiso que trabajara en un gran salón de venta de automóviles usados, en plena avenida Lacarra. Me acompañó a conversar con el gerente, un señor que parecía cansado, y con unos muchachitos, a ojos vistas los que mandaban ahí. Diana se enojó de veras porque me negué a trabajar con esas personas. En casa la discusión duró una semana, hasta que la policía allanó el local de Lacarra y en los diarios aparecieron las fotografías del gerente y de los muchachos, que resultaron una famosa banda.

De todos modos mi señora mantuvo su firme oposición a la relojería. Vale más que yo no calce la culpa delante de ella, porque ese gesto inexplicablemente la irrita. Recuerdo que una tarde me dijo:

—No puedo evitarlo. ¡Le tengo una idea a los relojes!

—Decime por qué.

—Porque son chicos y llenos de rueditas y de recovecos. Un día voy a darme el gusto y voy a hacer el desparramo del siglo, aunque tengamos que mudarnos a la otra punta de la ciudad.

Le dije, para congraciarse:

—Confesá que te gustan los relojes de cuco.

Sonrió, porque seguramente imaginaba la casita y el pajarito, y contestó con mejor ánimo:

—Casi nunca te traen un reloj de cuco. En cambio vienen siempre con esos mastodontes o péndulo. El carillón es una cosa que me da en los nervios.

Como pontifica Ceferina, cada cual tiene su criterio y sus gustos. Aunque no siempre uno lo entiende, debe aceptarlos.

—Se corrió la voz de que tengo buena mano para el reloj de péndulo. Del propio Barrio Norte me los traen.

—Mudémonos al Barrio Norte. Traté de desanimarla.

—¿No sabés que es el foco de los péndulos? —le dije.

—Sí, che, pero es el Barrio Norte —contestó pensativa.

No puede negar que lleva la sangre Irala. En la «familia real», como los llama Ceferina, desviven todos por la figuración y por el roce.

A mí la idea de mudarme, siempre me contrarió. Siento apego por la casa, por el pasaje, por el barrio. La vida ahora me enseñó que el amor por las cosas, como todo amor no correspondido, a larga se paga. ¿Por qué no escuché el ruego de mi señora? Si me hubiera alejado a tiempo, ahora estaríamos libres. Con resentimiento y con desconfianza, imagino el barrio, como si estas hileras de casas que yo conozco de memoria se hubieran convertido en las tapias de una cárcel donde mi señora y yo estamos condenados a un destino peor que la muerte. Hasta hace poco vivíamos felices; yo por fin en quedarme y, ya lo ve, ahora es tarde para escapar.

En agosto último conocimos a un señor Standle, que da lecciones en la escuela de perros de calle Estomba. Apuesto que lo vio más de una vez por el barrio, siempre con un perro distinto, que va como pendiente de las órdenes y que ni chista de miedo a enojarlo. Haga memoria: un gigantón con gabardina, rubio, derecho como palo de escoba, medio cuadrado en razón de las espaldas anchas, cara afeitada, de ojos chicos, grises, que no parpadean, le garantizo, aunque el prójimo se retuerza y clame. En el pasaje corren sobre ese individuo los más variados rumores: que llegó como domador de Sarrasani, que fue héroe en la última guerra, fabricante de jabones con grasa de no sé qué osamenta, indiscutido as del espionaje que transmitió por radio, desde una quinta en Ramos, instrucciones a una flota de submarinos que preparaba la invasión del país. A todo esto agregue, por favor, la tarde en que Aldini se levantó como pudo del banquito donde tomaba fresco junto a su perro, que aparenta ser taumático y viejo como él, me agarró de un brazo, me llevó aparte como si hubiera gente, pero en la vereda sólo estábamos nosotros y el perro y me sopló en la oreja:

—Es caballero teutón.

5

Otra tarde, mientras mateábamos, Diana le comentó a Ceferina:

—Apuesto que ni se acuerda.

Movió la cabeza en mi dirección. Me quedé mirándola con la boca abierta, porque al principio me acordaba que el domingo era mi cumpleaños.

Diana observa puntualmente toda suerte de santos, aniversarios, días de la madre, del abuelo, y todo lo que se le ocurra al almanaque o quien disponga en la materia, de modo que no tolera esos olvidos. Si la fecha olvidada hubiera sido su propio santo o el de don Martín Irala, mi suegro, o el aniversario de nuestro casamiento, mejor que yo me desterrara del pasaje, porque para mí no habría perdón.

—No invites más que a la familia —le supliqué. En casa, la familia es la de mi señora.

Como se trataba de mi cumpleaños por fin cedió y lo celebramos en la intimidad. Créame que me costó convencerla. Es muy amiga de las fiestas.

La noche del cumpleaños vinieron, pues, don Martín, Adriana María, mi cuñada, su hijo,

Martincito y —¿a título de qué? me pregunto— el alemán Standle.

A don Martín lo habrá visto por el jardín de casa con la azada y con la regadera. Es muy amigo de las flores y de toda clase de legumbres. Usted seguramente lo tomó por uno de esos jardineros de destajo. Si es así, mejor que mi suegro no se entere. A todos, en la familia, los aflige la soberbia de sangre, desde que un especialista que atendía en un quiosco en la Rural, les contó que descenden en línea recta de un Irala que tuvo un problema con los indios. Don Martín es hombre morrudo, más bien bajito, calvo, de ojos celestes, notable por los arranques de su mal carácter. No bien llegó reclamó sus pantuflas de lana. No se las puedo negar, créame, porque se le volvieron una segunda naturaleza; pero cuando lo veo con las pantuflas le tomo rabia. Usted pensará que un individuo que se le apropia de las pantuflas, aunque sea por un rato, lo hace en prenda de algún sentimiento de amistad. Don Martín no comparte el criterio y, si me habla, es para ladrarme. Debo reconocer que en la noche de mis cumpleaños (como todo el mundo, salvo yo) se mostró alegre. Era la sidra. Amén, desde luego, de los ingredientes del menú: abundantes, frescos, de la mejor calidad, preparados como Dios manda. En casa habrá muchas fallas, pero no en lo que se come.

Permítame que deje el punto debidamente aclarado: siempre Diana presumió de buena mano en la cocina. Un mérito de reconocido peso en el hogar. Sus pastelitos rellenos de choclo son justamente famosos en la intimidad y aun entre la parentela.

Cuando terminó el Noticiero Deportivo, don Martín apagó la televisión. Martincito, que berrinchea como si imitara a un chico berreando, exigió que la encendiera de nuevo. Don Martín, con una calma que asombró, se descalzó la pantufla derecha y le aplicó un puntapié. Martincito chilló. Diana se protegió, lo mimó: se desvive por él. Tronó don Martín:

—A comer se ha dicho.

—¿Adivinan la sorpresa? —preguntó Diana.

En el acto manifestaron todos un alboroto inconfundible. Hasta Ceferina, que es tan peleadora y tan intransigente, participó en esa pequeña representación, nada fingida por lo demás. Diana pone en su trabajo no menos amor propio que buena voluntad, de modo que no va a admitir que los pastelitos salgan mal o caigan pesados.

En casa, a cada rato, se oye alguna campanada de los relojes de pared que están en observación. A nadie le irrita, que yo sepa, el alternarse de los carillones, frecuentes pero armoniosos; a nadie salvo a Diana o a don Martín. Cuando sonó un reloj de cuco, don Martín se encaró conmigo y gritó:

—Que se calle ese pájaro porque le voy a torcer el pescuezo. Diana protestó:

—Ay, papá. Yo tampoco aguanto los relojes, pero el de cuco es lo que se llama simpático. ¿No te gustaría vivir en su casita? A mí, sí.

—A mí los relojes que más rabia me dan son los de cuco —dijo don Martín, ya un tanto calmado por Diana.

Como yo, la quiere con locura.

Martincito comió del modo más repugnante. Por toda la casa dejó rastros de sus manos pegajosas.

—Los niños del prójimo son ángeles disfrazados de diablos —comentó Ceferina, con esa voz que le retumba—. Dios los manda para probar nuestra paciencia.

Confieso que en ningún instante de la noche sentí alegría. Quiero decir verdadera alegría. Tal vez yo estaba mal preparado por un presentimiento, porque a los cumpleaños y a las fiestas de Navidad

de Año Nuevo, desde que tengo memoria, las miro con desconfianza. Procuro disimular, para no estropearle a mi señora celebraciones que ella aprecia tanto, pero seguramente me preocupo y esto me sale mal dispuesto. Justificación no me falta: las peores cosas me sucedieron en esas fechas.

Aclaro que, hasta últimamente, las peores cosas habían sido peleas con Diana y ataques de celos por deslices que no existieron sino en mi imaginación.

Usted le dará la razón a mi señora, dirá que estoy muy interesado en lo mío, que no me canso de explicar lo que siento.

En la carta que le llevó la señorita Paula, no le detallaba nada. Después de leerla, ni yo mismo quedé convencido. Me pareció natural, pues, que usted no me respondiera. En esta relación, por cambio, le explico todo, hasta mis locuras, para que vea cómo soy y me conozca. Quiero creer que usted pensará, en definitiva, que se puede fiar en mí.

6

Aquella noche del cumpleaños, el profesor Standle, hablando de perros, acaparó la atención del auditorio. Era notable cómo se interesaban los presentes, no sólo en el aprendizaje del perro, sino en la organización de la escuela. Yo soy el primero —si el profesor no miente en reconocer los resultados de la enseñanza, y no le voy a negar que por el término de uno o dos minutos me embobaron esas historias de animales. Mientras otros hablaban de las ventajas y desventajas del collar de adiestramiento, me dejé llevar por la pura fantasía y en mi fuero interno me pregunté si asistía alguna razón a quienes niegan el alma a los perros. Como dice el profesor, entre la inteligencia nuestra y la de ellos, no hay más que una diferencia de grado; pero yo no estoy seguro de que siempre esa diferencia exista. Algunos alumnos de la escuela se desenvuelven —si me atengo a los relatos del alemán— como seres humanos hechos y derechos.

La voz del señor Standle, un zumbido de lo más parejo y serio que se puede pedir, me despertó de la ensoñación. Aunque no entiendo el porqué, esa voz me desagradó. El individuo exponía:

—Educamos, vendemos, bañamos, cortamos el pelo y hasta montamos el más lindo instituto de belleza para pichichos de lujo.

Mi señora preguntó:

—¿Hay quien le lleva sus perros como otros mandan los chicos a la escuela? Los pobrecitos ¿lloran la primera mañana?

—Mi escuela forma guardianes —contestó gravemente Standle.

—Vamos por partes —dijo don Martín—. Para eso no es necesaria mucha ciencia. Con un collar y una cadena, a usted mismo lo convierto en perro de guardia.

—La escuela va más lejos —replicó Standle.

Mi suegro, tan hosco habitualmente, objetaba para mantener el principio de autoridad, pero no por convicción. En realidad, escuchaba embelesado y, cuando el reloj de cuco sonaba, aparentemente no lo oía. ¿Para qué negarlo? Suspendidos de la palabra del profesor estaban todos, menos la vieja Ceferina que por sordo encono a mi señora y a su familia se mantenía apartada y, bajo una risita de menosprecio, escondía su vivo interés.

Vaya a saber por qué yo me sentí abandonado y triste. Menos mal que Adriana María, mi cuñada —se parece a mi señora, en morena— se compadeció de mí y en ocasiones me preguntaba si no quería otra sidra.

El profesor continuaba:

—No le devolvemos al amo un simple animalito amaestrado. Le devolvemos un compañero de alta fidelidad.

Al oír estas pesadeces yo ni remotamente sospechaba sus terribles consecuencias. Le aseguro que a mi señora le afectaron el juicio. No hablo como alarmista: usted ha de saber, porque todos en el pasado lo saben, que ya de soltera a Diana la internaron por lo menos dos veces. Concedo que al principio de la conversación abordó el tema de los perros con aparente calma, hablando en voz baja, lo más bien como quien se contiene.

—En una casa con jardín —opinó, pensativa— un perro es conveniente.

—En sumo grado —sentenció el alemán.

No asentí, pero tampoco negué. Mucho me temo que esa moderación de mi parte alentara a mi señora. Por el mal camino, desde luego. Aspectos diversos del mismo asunto (los perros, la escuela) alimentaron la conversación hasta muy altas horas.

Intempestivamente declaró mi suegro:

—Si me voy tarde, lo que es yo, no concilio el sueño. A ustedes qué les importa. A mí, sí.

Es claro que a mí no me importaba que mi suegro durmiera o no, pero con increíble calor me defendí de esa acusación de indiferencia, que repetidamente calificué de gratuita. La interpretación de mis protestas, que se le ocurrió a Adriana María, me obligó a sonreír.

—¡Pobrecito el del santo! —dijo cariñosamente—. Se cae de sueño y quiere que lo dejemos tranquilo.

Yo no tenía sueño (quería, no más, que se fueran), pero me pareció mejor no explicar.

Aunque la conversación continuaba, consideré inminente la partida, porque nos habíamos pues de pie. A último momento hubo demoras. Tuvo, don Martín, que pasar por el baño y después revolver la casa porque no encontraba la chalina. Adriana María, que había mostrado tanto apuro y que ahogándose de risa me apuntaba con el dedo y repetía «El pobre no da más», emprendió no sé qué larga explicación ante Ceferina, que la miraba desde lo alto. Don Martín, si no me fijo a tiempo, lleva mis pantuflas. Inútil aclarar que el chiquilín no se comió a traer los botines de su abuelo. Pasó después de la partida de la familia, el profesor me reservaba una sorpresa desagradable. Entró en casa con nosotros.

Le aseguro que esa noche empezó la pesadilla que todavía estamos viviendo. El profesor Standle sin preocuparse de lo que yo pensara, hundía a mi señora en la idea fija de los perros. Yo no podía protestar, de miedo que ella se pusiera de su lado y me tomara entre ojos.

Volvía más intolerable la situación, el hecho de que el profesor recurría a explicaciones desabridas, que no podían interesar a ninguna señora:

—Para guardianes, la última palabra es la perra —declaró, como si revelara una verdad profunda—. A su mejor perro le ponen los malandrines una perra alzada y se acabó el guardián. En cambio una perra siempre es fiel.

No sé por qué estas palabras provocaron en mi señora una especie de risa descompuesta, que resultaba penosa y que no terminaba. Conversamos de perros hasta que el individuo —a horas en que uno siente culpa de seguir despierto— dijo que se iba. Si no me pongo firme lo acompañamos hasta la escuela. De todos modos hubo que salir a la puerta de calle.

Cuando entramos hallé la casa destemplada, pasada de olor a tabaco y triste. Diana se dejó caer en un sillón, se acurrucó, se abrazó una pierna, apoyó la cara contra la rodilla, quedó con la mirada perdida en el vacío. Al verla así me dije, le juro, que yo no podría vivir sin ella. También, estimulada por el entusiasmo, concebí pensamientos verdaderamente extraordinarios y me dio por preguntarme: ¿Qué es Diana para mí? ¿su alma? ¿su cuerpo? Yo quiero sus ojos, su cara, sus manos, el olor de sus manos y de su pelo. Estos pensamientos, me asegura Ceferina, atraen el castigo de Dios. Yo no creo que otra mujer con esa belleza de ojos ande por el mundo. No me canso de admirarlos. Me figuré amanecer como grutas de agua y me hago la ilusión de que voy a descubrir en su profundidad la verdadera alma de Diana. Un alma maravillosa, como los ojos.

La misma Diana me arrancó de estas reflexiones, cuando se puso a fantasear y dijo que íbamos a tener un perro que nos acompañara y nos entendiera como un prójimo. Usted hacía de cuenta que escuchaba a una criatura. Para peor, Diana hablaba a tal velocidad que si yo no me apuraba a protestar, sus afirmaciones quedaban perdidas a lo lejos y yo debía cargosearla para que desandara camino y las discutiéramos. Además, estaba tan nerviosa (y me gustaba tanto) que, para no contrariarla, muchas veces no la desengañé. Si la hubiera contrariado, pobre de mí. Es muy severa cuando se enoja y le aseguro que no hace las paces hasta que uno prácticamente se arrastró como gusano y le pidió hasta el cansancio perdón. Apenas me atreví a observar:

—Ceferina dice que hay algo monstruoso y muy triste en los animales.

—Cuando yo era chica quería tener un jardín zoológico —contestó Diana.

—Ceferina dice que los animales, a lo mejor, son gente castigada con la maldición de no poder hacer uso de la palabra.

Fíjese cómo es mi señora. Hasta en su locura se muestra vivaracha y tiene contestación para todo. Me preguntó:

—¿No oíste lo que dijo el profesor Standle?

—Oí demasiado.

Insistió sin perturbarse:

—De los perros que hablan.

—Francamente, ese disparate se me pasó por alto.

—Estabas destapando una botella de sidra. Contó que otro profesor, un compatriota suyo, enseñó un perro a pronunciar tres palabras en perfecto alemán.

—Un perro ¿de qué raza? —pregunté, como un idiota.

—Recuerdo la palabra Eberfeld. No sé decirte si es la raza o la ciudad donde vivían o el nombre del profesor.

Muchas debilidades tuve esa noche y todavía las pago.

8

Toda la noche me acompañó la aflicción. Pensando tristezas me desvelé y, cuando oí el gallo que tiene Aldini en el patio del fondo, me dije que al día siguiente iba a estar cansado y que la mancha temblaría en los relojes. Por fin me dormí para soñar que perdía a Diana, creo que en la Avenida de Mayo, donde nos habíamos encontrado con Aldini, que anunció: «Los aparto por un instante, para decirte un secreto sin ninguna importancia». Muy sonriente hacía el ademán de apartarnos y enseguida me apuntaba con un dedo. El carnaval desembocó entonces en la avenida y la arrastró a Diana. La perdí entre máscaras disfrazadas de animales, que incesantemente pasaban, con el cuerpo a rayas de colores como de cebras o de víboras y con la cabeza de perro en cartón pintado, de lo más impávida. No me creerá: todavía dormido, me pregunté si mi sueño era un efecto de lo que sucedió o un anuncio de lo que iba a suceder. Tampoco me creerá si le digo que, despierto, seguía en la pesadilla.

Mi señora, por aquel tiempo, ya no paró en casa: el santo día lo empleaba en la escuela, sin resolverse por ningún animalito. Una falta de resolución que, según comentó una tarde el propio Standle, da qué pensar. Yo la esperaba con impaciencia y discurría despropósitos: que le había pasado algo, que no iba a volver. Días hubo que cenamos tarde, porque mi señora no regresaba y otros que Ceferina y yo, después de cenar, para distraer el tiempo, jugábamos a la escoba, cuando no a la brisca. Los rumores de la noche eran motivo suficiente para que yo, a cada rato, me asomara al jardín. A su estirada cara de furia y menosprecio, ya de lo más común, Ceferina agregaba entonces palabras masculladas por lo bajo, que se oían perfectamente.

—El niño está con cuidado. Su mujercita no vuelve. Todavía la va a perder.

La intención general y el tono eran siempre los mismos. A veces yo no aguantaba y con una voz

que aparentaba indiferencia le decía:

—Me voy a dar una vuelta.

Si usted piensa que no tengo edad de pedir permiso, está en su derecho. Es muy fácil arreglar con una palabra la conducta del prójimo, pero cada cual lleva la propia como puede. ¿Qué me aconseja? ¿Qué me dice a Ceferina? Guardando las distancias, yo haría de cuenta que echo a la finada mi madre. ¿Qué me dice que le pegue un grito? A mí no me gusta pasar la vida gritando. Ceferina, con la cara de rabia y con los ojos relucientes, bien a las claras deja ver su desaprobación. Para mí esa desaprobación, no sé cómo explicarme, es una cosa real, algo que está en mi camino, como la punta de una mesa. No me pida que me disculpe todas las veces que paso la lleve por delante, porque yo prefiero vivir tranquilo y dar un rodeo. Lo que yo quiero vivir tranquilo es una manera de hablar.

Como le contaba: si me entraba la desazón, con el pretexto de tomar aire, salía a la calle, elegía un lugar menos iluminado, me recostaba contra el cerco y esperaba. Esperaba con inquietud en el almuerzo porque Diana tardaba más de lo previsible, pero también porque siempre aparecían los vecinos, que viven para sorprenderlo a uno y repartir el comentario por el pasaje.

Una noche Picardo se me vino derechito, como si supiera dónde iba a encontrarme y, sin molestarse en preámbulos ni atenuantes, me dijo:

—Para mí que le dio algo. Me explicó el doctor Rivaroli, un amigo que te voy a presentar, que le bastan dos o tres gotas en el café con leche. Cuando se cansa de tenerla como esclava, la vende a los tratantes de Centroamérica.

Otra noche el mismo Aldini, que según Ceferina está perdiendo la vista, con el pretexto de pasear el perro (más bien de arrastrarlo, porque el pobre Malandrín, cuando quiere acordar, se agita y se saca la lengua), como le decía, con el pretexto de pasear el perro, caminó hasta donde yo estaba —el lugar más oscuro, le garanto— y me pidió:

—Por favor no lo escuches a Picardo. Ahora te explican todo por las drogas. Haceme caso, hay mucha exageración.

Ni usted ni yo vamos a creer en la fábula de esas gotitas en el café con leche. Admito, sin embargo, que Diana, cuando finalmente volvía al hogar, traía pegados en el vestido pelos de perro. Hay más: olía a perro. Hablaba de perros y del alemán —yo no sabía cuándo se refería a unos y cuándo al otro—, hablaba a toda velocidad, como si una comezón la enloqueciera y, porque la noche no le alcanzaba para discutir los méritos y defectos de sabuesos, ovejeros y mastines, por la mañana seguíamos el debate, hasta que mi señora salía a callejear y yo me dormía sobre los relojes.

Ese profesor, que no le envidia a judas, una tarde me llamó por teléfono para que nos reuniéramos en el Bichito, que está frente a Carbajal.

—¿Se puede saber el motivo? —le pregunté. Contestó inmediatamente:

—Hablar de la señora.

Aunque entendí, pedí aclaración:

—¿De qué señora?

—La suya.

Como usted comprenderá, yo no podía creer lo que oía, pero me sobrepuse y contesté con odio:

—¿Quién es usted para meterse?

Todavía pronunciaba esas palabras, cuando el miedo me enfriaba la sangre. ¿Le habría pasado algo a Diana? Más valía no perder tiempo.

El profesor Standle empezaba a decir con la voz extrañamente aflautada:

—Bueno, usted sabe...

Lo interrumpí sin contemplaciones:

—Allá voy.

Corrí por la calle, en el Bichito elegí una mesa que permitía la continua vigilancia de la entrada. Pedí algo para tomar y, antes que me sirvieran, yo estaba preguntándome si no debía largarme a la escuela de perros. ¿Qué me dio por decir «Allá voy» y cortar? Quizás el profesor entendió que yo iría a la escuela, pero si yo tardaba, a lo mejor se preguntaba si "allá» no quería decir el Bichito y quizá no nos encontraríamos, o nos desencontráramos, en el trayecto.

Por su parte, usted se preguntará por qué le cuento estas payasadas. Desde la noche de mi cumpleaños hasta ahora, salvo cortos intervalos de tranquilidad, he vivido en estado de ofuscación permanente. Visto por los demás, el hombre ofuscado se comporta como un payaso.

Después de una media hora interminable —porque en definitiva me quedé en el bar— apareció el profesor. Vino a la mesa, pidió un bock, se quitó la gabardina, la dobló cuidadosamente, la colocó en el respaldo de una silla, tomó asiento y le garantizo que hasta beber la cerveza y limpiarse la espuma no soltó la palabra. Cuando habló, por un momento, se me desdibujó su cara, como si me diera un vahído. Esto es lo primero que oí:

—Usted sabe que la señora está muy enferma.

—¿Diana? —murmuré.

—La señora Diana —me corrigió.

—¿Qué le ha pasado? ¿Una descompostura? Contestó con el mayor desprecio:

—No se haga el que no capta. Está muy enferma. Si no actuamos, puede llegar a ese punto del que nadie vuelve.

—Yo quiero que vuelva.

—Usted quiere cerrar los ojos para no ver la realidad —contestó—, pero capta muy bien.

—No acabo de entender —traté de sincerarme—. Pesco algo y la cabeza me da vueltas.

—Actuamos en el acto o pierde prácticamente a la señora.

—Actuemos —le dije y le pedí que me explicara cómo. Entonces me habló con su voz grave:

—La respuesta —dijo— es la internación. La internación.

Atiné a protestar:

—Eso no...

Recayó en la voz aflautada y comentó, como si estuviera satisfecho:

—La incapacidad para tomar decisiones, demostrada por la señora Diana, que no se resuelve por ningún pichicho, no es propia de gente en sus cabales.

Para mí que el profesor empleó adrede la palabra internación. En todo caso, quedé como si hubiese recibido un golpe. No era para menos. La pobre Diana, cuando se acordaba de sus internaciones echaba a temblar como un animal asustado, se aferraba a mis manos y, como si reclamara toda mi atención, toda la verdad, preguntaba: «Ahora que estoy casada ¿no me pueden internar, no es cierto? Yo le contestaba que no, que no podían, y creía lo que estaba diciéndole.

Standle siguió:

—¿A usted le parece bien que la señora ande el santo día lejos del hogar?

—Si no fuera más que el santo día... —suspiré.

—Y buena parte de la noche. ¿Usted la espera muy tranquilo? —No, no la espero tranquilo.

—Mientras dure la internación, para usted se acabaron los dolores de cabeza.

Dios me perdone, dije:

—¿Usted cree?

—Va de suyo —contestó—. Si me da el visto bueno, entro en contactos con el doctor Reger Samaniego.

—La pobre Diana está muy nerviosa —murmuré, y me sentí mal, como si hubiera dicho una hipocresía.

—¿A quién se lo cuenta? —respondió—. En breve plazo el doctor Samaniego la pone en forma. ¿Usted sabe? A veces lo llaman para consultas ¡desde el centro! Pero mejor que no se haga ilusiones. Puede haber una dificultad.

—¿Una dificultad? —pregunté ansiosamente.

—Tal vez no la reciban. En el Instituto Frenopático del doctor Reger Samaniego no entran cualquiera.

—Habrá algún medio...

—Tiene muchos pedidos. Tampoco sé cuánto cobra.

—Eso no importa —alegué.

No es que yo sea rico, pero no voy a pensar en el dinero cuando se trata de Diana.

—No se preocupe —dijo el profesor.

—Muy fácil —protesté con rabia.

—El Instituto queda en la calle Baigorria. Aquí a la vuelta. Usted la visitará cada vez que tenga ganas. Mañana, a primera hora, paso a buscarla.

Lo miré sorprendido, aunque sabía perfectamente que era compinche del doctor, porque los viernes a la noche juegan al ajedrez, a la vista y paciencia del público, en La Curva, de Álvaro Thomas y Donado. Es verdad que yo sabía todo esto de mentas: por una de esas grandes casualidades del destino, hasta aquel entonces nunca se me había cruzado ante los ojos el doctor Reger Samaniego con su cara de momia.

El profesor Standle se levantó, mientras yo me apuraba en pagar, para no quedar sentado, como un guarango, y creo que lo ayudé con el impermeable, lo que me resultó de lo más trabajoso, pues mide animal, por lo bajo, dos metros. Cuesta creerlo, pero le repetí varias veces «Gracias», porque aún veía como un amigo y como un protector. Nada más que por la dificultad de encontrar las palabras, me le dije: "No sabe el peso que me ha sacado de encima».

Hasta que se fue me duró ese estado de ánimo. Después me sentí, no sé si me explico, sin apoyo, nada contento de la decisión que había tomado. Quién sabe si Standle no me había parecido un protector, porque no me dejaba abrir la boca para plantear mis dudas. Creo que tuve miedo, como si hubiera puesto en marcha una calamidad incalculable. Me entretuve dando vueltas por el barrio, para no llegar demasiado pronto, sobre todo para no presentarme en casa con la cara de pesadumbre y con esa rigidez en las mandíbulas, que no me dejaba aparentar buena disposición o por lo menos una indiferencia. También quería recapacitar porque no sabía qué decirle a Diana.

De repente grité: «No puedo hacerle eso». No podía entrar en arreglos, a sus espaldas, con un desconocido, para internarla. Yo no me lo perdonaría; ella, créame, tampoco. Se me ocurrieron planes descabellados. Proponerle que esa misma noche nos fuéramos a pasar una semana en un recreo de Tigre (el tiempo no era aparente) o que nos largáramos a Mar del Plata o a Montevideo, a probar suerte en el casino.

Claro que si Diana me preguntaba «¿Por qué no esperarnos a mañana por la mañana, por qué salimos en medio de la noche, como si nos escapáramos?» yo no tendría contestación.

No me acuerdo si le dije que mi señora es muy valiente. Desde ya que guardaba un mal recuerdo del sanatorio donde la encerraron de soltera y que la pobre contaba conmigo para que la defendiese de cualquier médico o practicante que asomara por casa, pero si hubiera sospechado que yo le proponía una fuga, aparte de llevarse una desilusión y despreciarme sin remedio, por nada me hubiera seguido, aunque supiera que a la mañana siguiente venían a buscarla. Lo que va de una persona a otra: hasta ese momento yo no me había parado a considerar la posibilidad de que alguien interpretara mis planes como un intento de fuga. Mi única preocupación había sido la de salvar a mi señora.

Es verdad que si me apura un poco le voy a reconocer que me comprometí a entregar a mi señora para no quedar mal en la conversación. Le agrego, si quiere, un agravante. Cuando el profesor se retiró de mi vista, ya no me importó quedar bien o mal y me admiré de la enormidad que yo había consentido. Pobre Diana, tan confiada en su Lucho: en la primera oportunidad usted ve cómo se defendió. Aunque ella no me quiera tanto como yo la quiero, estoy seguro de que por imposición de nadie me abandonaría así... La entereza y el coraje de mi señora me asombran y en momentos difíciles, como los que estoy pasando, me sirven de ejemplo.

Usted apreciará hasta qué punto se equivocan los que dicen que no tuve suerte en el matrimonio.

En casa me esperaba una sorpresa. Cuando prendí la luz del dormitorio, Diana, que ya estaba en la cama, se hizo la dormida. Lo digo con fundamento, porque la sorprendí mirándome con un ojo enteramente despierto. En esa perplejidad me fui a recapacitar a la cocina, donde Ceferina andaba limpiando. Si media un disgusto con mi señora, prefiero no encontrarla, por el fastidio que le tiene.

—¿Qué le pasa? —dijo, y me cebó un mate. Como si no entendiera pregunté:

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A tu señora. Está rarísima. A mí no me engaña: anda en algo.

11

A la mañana, cuando vino el profesor, Diana dormía o se hacía la dormida. Es verdad que a mí mismo —aunque no pegué un ojo en toda la noche— el individuo me sorprendió. Cómo habrá llegado de temprano, que todavía no había cantado el gallo de Aldini.

Mi desempeño, en la ocasión, dejó que desear, porque perdí la cabeza. Yo creo que los de antes eran más hombres. Mire qué bochorno: le pregunté a ese Juan de afuera:

—¿Qué hago?

Con su invariable placidez contestó:

—Dígale que estoy a buscarla.

Así lo hice y, usted viera, sin pedir explicación corrió la señora a lavarse y vestirse. Yo pensé que tendríamos para rato, porque en esos menesteres tardan las mujeres más de lo previsto. Me equivoqué en contados minutos apareció, radiante en su belleza y con la valijita en la mano. Para mí que antes de acostarse ya había preparado las cosas.

Ahora doy en maliciar que tal vez el profesor la apalabró la víspera a la tarde, en la escuela. Vaya uno a saber qué embustes le dijo. Al verla tan engañada le tuve lástima y sentí odio por el profesor. En este último punto fui injusto, porque el mayor culpable era yo, que había prometido amparo a la señora y me compliqué en la perfidia. Diana me besó y, como una criatura, mejor dicho como un perrito, siguió a Standle.

Ceferina dijo:

—La casa quedó vacía como si hubieran sacado los muebles.

La voz, que siempre le retumba en el paladar, entonces retumbó también en el cuarto. Quizá la vieja habló con mala intención, pero expresó lo que yo sentía.

Al rato empezó a molestar. Se mostró demasiado atenta y afectuosa, llevó el buen humor a notables extremos de vulgaridad y hasta canturreó el tango Victoria. Yo pensé con extrañeza en el hecho de que una persona que nos quiere pueda aumentar nuestro desconsuelo. Me fui al taller, a trabajar en los relojes.

Acabábamos de sentarnos a la mesa, la vieja Ceferina muy animada y con el mejor apetito, yo con la garganta cerrada, que no dejaba pasar ni el agua, cuando sonó la campanilla del teléfono. Atendí como tiro, porque pensé que era Diana, que me llamaba para que fuera a buscarla. Era don Martín, mi suegro.

Cómo el pobre no oye bien, al principio entendió simplemente que su hija no estaba en casa. Cuando se compenetró de que la habíamos internado, le juro que tuve miedo por teléfono. Aparte de que mi suegro se enoja pronto y saca a relucir un genio que impone, para ese entonces la internación de Diana había asumido, incluso para mí, el carácter de una enormidad. Me dije que antes que don Martín se presentara en casa, yo la traería a Diana de un brazo.

—Me voy —anuncié.

—¿Sin comer? —preguntó Ceferina alarmada.

—Me voy ahora mismo.

—Si no comés, te vas a debilitar —protestó—. ¿Por qué dejás que el viejo ese te caliente la cabeza?

Me dio rabia y repliqué:

—¿Y vos por qué escuchás las conversaciones que no te importan?

—Entonces te calentó nomás la cabeza. ¿Te ordenó que fueras a buscar a su hijita? Menos mal que a la vuelta comerás a gusto, porque será ella la que te cocine.

Estas peleas con la vieja me desagradan. Sin contestar palabra, salí.

No había llegado a la esquina cuando se me cruzó el Gordo Picardo. Lo comprobé: cuando uno es más afligido se topa con un fantoche como Picardo y lo que a uno le sucede ya no parece real, sino un sueño. No por eso las cosas mejoran. Uno está igualmente atribulado, pero menos firme en la tierra.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Al hablar, es notable lo que Picardo mueve la manzana de Adán.

—Tengo que hacer —dije.

Me espiaba con insistencia, disimulando apenas la curiosidad. Admira pensar que alguna vez nos consideramos una especie de matón, porque ahora no solamente es el más infeliz del barrio, sino también el más flaco.

—La vimos a tu señora esta mañana —dijo—. Salió tempranito.

—¿Qué hay con eso? —pregunté.

No sé por qué recuerdo un detalle del momento: sin querer, yo le veía, en la manzana de Adán, los pelos mal afeitados.

—¿Vas a buscarla? —preguntó.

—¿Cómo se te ocurre? —contesté sin pensar.

Me dijo:

—Tenés que probar la suerte en el juego.

—Dejame tranquilo.

—Paso quinielas y redoblonas. Porque supo que tenemos teléfono, me nombró su agente un doctor que a veces para en La Curva. Empiezo a trabajar la semana que viene. —Hizo una pausa y agregó co

inesperado aplomo—: Me gustaría contarte entre mis clientes.

Estuve por decirle que ese trabajo no era para infelices, pero quería sacármelo de encima, así que le prometí:

—Voy a ser tu cliente si ahora te quedás acá.

Recuerdo en sus más ínfimos detalles el encuentro con Picardo. En realidad, todo lo que sucedió después de la horrible noche de mi cumpleaños, lo recuerdo como si pasara ante mis ojos. Un sueño olvida; una pesadilla como ésta, no.

13

La escuela de perros ocupa el terreno, espacioso pero irregular, donde estaba, cuando éramos chicos, el gallinero y quinta de Galache. El edificio, como lo llama el alemán, es la vieja casilla, sólo que ahora está más vieja, con la madera reseca —desde los tiempos de Galache no le habrán dado que se llama una mano de pintura—, con algún tablón podrido y desclavado. A mí siempre me admiró que la quinta produjera esos duraznos de tan buen aroma, porque todo el paraje estaba cubierto de olor a pollo. Hoy, ese olor es a perro.

No sé por qué me allegué con desconfianza. Usted dirá: «Miedo a los perros». Le aseguro que no. Era una fantasía, la imaginación de que al entrar de golpe yo iba a descubrir un secreto que me traería una pesadumbre. Pensé: "Hay que jugar limpio". Le refiero el detalle porque demuestra cómo funciona mi mente; antes de saber nada, como si presintiera las pruebas a que me someterían, desvariaba un poco. Pensé: "Hay que jugar limpio» y me puse a golpear las manos. Al rato asomó el profesor. No pareció alegrarse de mi visita.

Cuando pasé al despacho me preguntó:

—¿Quiere café?

Iba a decirle que no, para plantear de una vez mi reclamo; pero me conozco, sé que nervioso no valgo nada, de modo que le dije que sí, para ganar tiempo y ver de serenarme. El alemán salió de la pieza.

Yo no soy de los que se vanaglorian de presentir acontecimientos, pero me pregunto por qué me mostré, desde el principio, tan alterado.

Es verdad que el hecho de entregar la señora, más o menos por traición, a un manicomio, basta para perturbar a cualquiera. Yo me decía: «Me asusto de lo que hice», pero le garantizo que maliciaba

que detrás de eso había algo todavía peor.

En el cuartito faltaba aire. De las paredes colgaban retratos de perros enmarcados como si fueran personas y una acuarela que representaba un barco de guerra, en cuya proa descifré la palabra Tirpitz. El escritorio del profesor, uno de esos muebles de tapa corrediza y ondulada, como hecha de persiana, estaba abarrotado de papelería amarillenta. La apartó un poco, para poner su tazón de café, una cuchara de sopa y una azucarera enlozada. En el suelo, junto a la silla giratoria, había una caja abierta de Bay Biscuits, azul, colorada y blanca. Era una caja grande de las que usted ve en los almacenes.

Ahora me figuro que yo miraba esas cosas como si estuvieran vivas. Me trajo el café en una tacita de porcelana.

—Usted disculpe —dijo—. Aquí no tengo dos tazas iguales y no hay cuchara. Además, quién sabe si le gusta el café.

Lo miré sorprendido.

—Porque no es café —explicó—. El café es malo, excitante. El cereal es bueno. ¿Quiere azúcar?

14

Fíjese lo que son las cosas: el cereal me dio asidero para sobreponerme.

—Es feo, pero no tiene importancia. —Aparté la tacita—. Ninguna importancia.

—No entiendo —dijo con gravedad.

—Estoy pensando en algo muy distinto.

—Está pensando en la señora.

Entonces fui yo el asombrado. Le pregunté:

—¿Cómo lo sabe?

¿De puro astuto lo adivinaba o yo estaba tan perturbado que sin darme cuenta dejaba ver mis pensamientos? No aclaró nada con la contestación:

—Porque se arrepintió.

—No hay motivo para estar satisfecho —le previne—. Usted hizo un daño. El que hace un daño, deshace.

Se extendió en un discurso de tono razonable, pero que resultaba insolente y hasta ridículo cuando la voz, por lo general espesa y grave, se le aflautaba. Machacó, en resumen, sobre los riesgos de enfermedad y las comodidades del Instituto.

—De oírlo se creería que usted la metió en un hotel de lujo. En un palacio.

—No le envidia a un palacio.

Añadió una palabra que sonó como eslots o algo así. El no entenderla me ayudó a enojarme.

—A mi señora, usted la saca —grité—. Usted la saca.

Hubo un silencio muy largo.

—Saca, saca —por fin replicó mientras me daba unos golpecitos con la punta del dedo índice, duro como un fierro, en la frente—Únicamente saco su idea de la cabeza.

Lo miré. Es enorme, un verdadero ropero vestido como una persona.

—Si mi señora, cuando vuelva, tiene quejas, lo hago responsable. Traté de parecer amenazado pero la frase me salió conciliadora. Además, al decir «cuando vuelva», tuve miedo de hacerme ilusiones y quedé bastante desesperado.

—Si la saca —contestó— el responsable es usted. Yo no le hago esa mala jugada a la señora Diana. No me presto.

No sé por qué le tomé aun más rabia por la manera en que dijo *presto*. Discutimos un rato. Por último, como un chico a punto de llorar, le confié:

—A mí esta vez me da la impresión de que la perdí para siempre. Me aborrecí por mostrar tanta debilidad. Standle me aconsejó:

—Si insiste¿por qué no habla directamente con el doctor Reger Samaniego?

—No, no —dije, defendiéndome.

—Lo más atinado es que usted se vuelva a casita. Ahora.

Salí como sonámbulo. No había llegado a la tranquera de alambre, cuando un pensamiento me alarmó: «A lo mejor el hombre se confunde" me dije y razoné a toda velocidad. "No sabe que me gana en las conversaciones porque es más despabilado. A lo mejor cree que le tengo miedo. Si cree eso, mi señora queda sin la menor protección». Di media vuelta, volví a la casilla, entreabrí la puerta, me asomé. El profesor parecía de nuevo disgustado.

—Que mi señora no traiga quejas, porque usted y ese doctor la van a pasar mal. —Como abrió la boca y no contestó, le grité—: Si tiene algo que decir, hable.

—No, no —balbuceó—. No habrá queja.

De un trago se bebió ese café que era cereal y que ya estaría tibio. Cerré la puerta. Me fui como un triunfador, pero la satisfacción no duró mucho. Me dije: «Le doy la razón a la pobre Diana. Yo estoy miserablemente ocupado en mi amor propio. Quién sabe si con estas compadras no demoro mi libertad».

sample content of Dormir al sol (Alianza Tres (At))

- [Aladdin's Problem.pdf](#)
- [click Visions of Zion: Ethiopians and Rastafari in the Search for the Promised Land online](#)
- [Diary of Dorkius Maximus in Pompeii \(Diary of Dorkius Maximus, Book 3\) pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi](#)
- [click James Joyce: Texts and Contexts](#)
- [read Medical Apartheid: The Dark History of Medical Experimentation on Black Americans from Colonial Times to the Present](#)
- [click The McKinnon \(The Beginning, Book 1\) pdf, azw \(kindle\), epub](#)

- <http://kamallubana.com/?library/Aladdin-s-Problem.pdf>
- <http://thewun.org/?library/The-Rough-Guide-to-Taiwan.pdf>
- <http://www.gateaerospaceforum.com/?library/Dogfight--The-2012-Presidential-Campaign-in-Verse.pdf>
- <http://nautickim.es/books/Shadow---Claw--The-First-Half-of--The-Book-of-the-New-Sun--.pdf>
- <http://serazard.com/lib/Modern-Homestead--Grow--Raise--Create.pdf>
- <http://deltaphenomics.nl/?library/The-McKinnon--The-Beginning--Book-1-.pdf>